

## RITUAL AGRICOLA EN LA MIXTECA NAHUA TLAPANECA

SAMUEL VILLELA \*



Baile de las milpas el día de San Miguel, Chiepetepec, 29 de septiembre 1992. © Samuel Villela.

A partir de las tradiciones mesoamericanas, se configura en la región de la Montaña guerrerense un entramado ritual que sustenta y da trasfondo cosmogónico a la agricultura temporalera de *tlacolol*.<sup>1</sup>

El ritual se nos presenta a partir de dos grandes ciclos en que se divide el calendario agrícola: el tiempo de secas y el tiempo de lluvias o tiempo productivo. El primero cuando la tierra «descansa» y así recupera su fuerza genésica para el próximo periodo de siembra y cosecha; a este periodo lo llamaremos «de rituales previos» y es el segundo es el tiempo cuando se producen los alimentos.

El tiempo productivo se inicia en abril y mayo, con las fases petitorias del ritual. Pero, previamente, se llevan a cabo rituales de vísperas. El cambio de poderes, que tiene su culminación en el evento denominado «cambio de varas» de los primeros días del año, se inicia desde la fiesta de «Todos santos» o de los «fieles difuntos» (día de muertos), cuando la comunidad en su conjunto agradece a los ancestros y a los dioses la obtención de los alimentos, con ello asegura su reproducción material y social; pero, al mismo tiempo, al invocar a los ancestros míticos y reales, se pide por el siguiente momento: «la transmisión de poderes» que se realiza en la mayoría de las comunidades

de la Montaña el 31 diciembre y 1° de enero, donde se pide por la presencia y asistencia de los antecesores del pueblo para que reiteren la voluntad de la comunidad y su confianza en el nombramiento de las nuevas autoridades civiles. Aquí, la presencia de los ancestros, su invocación y plegaria remite a los orígenes, a los actos fundacionales y a las descendencias, donde el tiempo sagrado que ellos inauguraron tiene que ver, también, con el inicio de la actividad productiva de los hombres y con el advenimiento del buen temporal, propicio para la continuidad de la vida. Este evento inaugura el momento de peticiones augurales sobre la suerte, el tiempo, el clima, la salud, etcétera. Junto con los rituales de Carnaval y los cuaresmales (como los viernes de cuaresma y el miércoles de ceniza), constituyen los rituales previos al periodo de la producción de los alimentos.

Otra fase se constituye en la bendición de las semillas. Ésta se da paralelamente a fiestas patronales o al inicio de los ritos sacrificiales para la petición de lluvias. Fechas como La Candelaria, San José y el ciclo de cuaresma son propicios para llevarla a cabo.

Una de las fases importantes, al inicio del ciclo productivo, son las peticiones de lluvia. Se llevan a cabo en prácticamente todos los pueblos, con una asistencia fluctuante entre pueblos enteros y pequeños grupos. Pero, en todo caso, cuando esto sucede, la comunidad delega en el grupo la ejecución del ritual a efecto de que su eficacia simbólica dé cobertura al pueblo en cuanto a la consecución de los fines del ritual.

Varios eventos han llamado la atención del etnógrafo y del observador interesado. Algunos de ellos, además, han atraído la atención de los amantes del exotismo, por ejemplo el combate de tigres que se realiza en la comunidad nahua de Zitlala. Este combate se presenta también en muchas comunidades y adquiere diversas formas y variantes pues tiene como actor a una entidad simbólica con un trasfondo cosmogónico muy importante: el jaguar que, resemantizado, está presente en la danza de los tecuanes, zoyacapoteros, tlacololeros y la producción mascarera.



Ofrenda en el manantial del cerro Payatzin, 15 de mayo 1992. © Samuel Villela.

Una de las entidades míticas fundamentales para la realización del ritual es San Marcos, santo cristiano que no es más que una resemantización de la entidad sagrada proveniente del mito mesoamericano, de tal forma que fue dicho santo quien dio la semilla a los campesinos montañeros. Es a él a quien se pide, el 25 de abril, la obtención del bienestar y de un buen temporal. Otra expresión de esta entidad mítica, más acorde con sus orígenes mesoamericanos, es los «San Marquitos», ídolos prehispánicos presentes en los altares a la cruz del cerro de varias comunidades, así como en altares familiares o en los graneros.

La invocación a San Marcos, a su fértil potencia y atributos no es privativa de la fecha directa en el santoral, ya que está presente a todo lo largo del ciclo ritual del momento productivo. Así que no es de extrañarse que ya casi para finalizar el ciclo, en xilocruz (14 de septiembre) sea frecuente escuchar -en la plegaria a la cruz de jilote- el nombre del santo procreador.

A la par del simbolismo de San Marcos, encontramos el de la cruz, sobre todo en sus variantes de «cruz de agua», «cruz de pozo» y «cruz del cerro. El simbolismo cruciforme, al conjuntar una multiplicidad de sentidos relacionados con las potencias genésicas de la tierra, el agua, los cerros, explica la importancia de fechas como el día de la cruz (3 de mayo) y xilocruz (cruz de jilote) que, en casi los extremos del ciclo productivo, conforman un círculo periódico de apertura o de petición y cierre de la estación fértil.

La última fase del ciclo ritual es la de aseguramiento de la cosecha y agradecimiento por la fertilidad. Se inicia los últimos días de agosto y se extiende por septiembre, octubre y algunos días de noviembre.

Esta fase, de «cierre», incluye una cadena muy interesante de eventos alrededor de las imágenes patronales que se suceden -de forma consecutiva- en el calendario: San Nicolás (10 sep.), Xilocruz (14 sep.), San Mateo (22 sep.), San Miguel Arcángel (29 sep.), San

Francisco (4 oct.), San Lucas (18 oct.), Día de Muertos (28 oct.-2 nov.)

Cada uno de estos ciclos, de apertura y de cierre, es en sí mismo muy bello, ya que conlleva una amplia y profunda actividad festiva en la cual las comunidades indígenas de la Montaña expresan un profundo sentimiento de reconocimiento y reverencia a la madre tierra, distinguida a través de sus principales deidades.

Tal actividad ritual, para la *Mixteca nahua tlapaneca*, se conforma en torno a dos aspectos vitales en las fiestas agrícolas de estos pueblos: primero, el que la fiesta comunal incluye la actividad ritual en la cúspide de los cerros -que ellos reconocen como sagrados-, e integra un profundo sentimiento en torno al culto a los cerros; segundo, que este culto a los cerros sagrados, en algunos pueblos de la Montaña, se conforma en torno a «circuitos de cerros» y forma regiones sagradas que conservan al poblado al interior del espacio que las comunidades reconocen como sagradas y habitables para el ser humano. Las expresiones más connotadas de este simbolismo las encontramos en el círculo de piedras del altar a la cruz del cerro en Petlacala -representando una simbolización del territorio comunal- y en el círculo del circuito ritual-cerril en Xalpatláhuac -cumplen una función parecida al de Petlacala. A través del ritual agrícola, mixtecos, nahuas y tlapanecos dan continuidad a una cosmogonía que se sustenta en la producción del maíz, así se impregna de significaciones a su esfera religiosa y comunitaria y donde los sustratos míticos dan coherencia y sentido al ritual.

**Nota:**

<sup>1</sup> *Tlacolol*, término que se aplica a la agricultura de temporal que se practica en las laderas de los cerros.



Ofrenda, Vela, flor y copal, Zitlala. © Fernando Orozco.